

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 38, 4-6,8-10): *Ese hombre no busca el bien del pueblo.*

Salmo (39, 2.3.4.18): *«Señor, date prisa en socorrerme»*

2ª lectura (Hebreos 12, 1-4): *No os canséis ni perdáis el ánimo.*

Evangelio (Lucas 12, 49-53): *He venido a prender fuego a la tierra.*

Es muy difícil tomar decisiones. La mayoría de las personas estamos acostumbradas a seguir el camino que nos marcan los más mayores de entre nosotros. Ellos, a su vez, lo hicieron con el que les marcaron sus antepasados; por eso, seguramente, la historia de la humanidad va tan despacio. Parece que estamos siempre dando vueltas a lo mismo.

Es más difícil asumir las consecuencias de nuestras decisiones y, es mucho más difícil respetar las decisiones de los demás. En todo tipo de relaciones humanas se producen situaciones que nos distancian, que obstaculizan los canales de comunicación, que nos llevan a caminar cada una de las personas por un lado diferente y, a veces, opuestos. Esto es lo que llamamos conflicto. Pero cuando una de las opciones fundamentales de nuestra vida es caminar juntos, buscar objetivos mayores que nosotros mismos, trataremos de afrontar esos conflictos que aparecen en el camino producidos por alguna de las personas que caminan juntas. Intentaremos ponernos de acuerdo, curaremos las heridas que se hayan ocasionado y celebraremos en reencuentro.

Cuanto antes solucionemos el conflicto, antes volveremos a caminar juntos, más juntas las personas del grupo, de la pareja o de la comunidad. Caeremos en la cuenta que no siempre somos nosotros los que hemos de ceder y pedir perdón; que también cada uno somos a veces la causa del conflicto por nuestra cerrazón, por querer tener siempre la razón. Por eso es bueno andar con los más pequeños, acomodarnos a su paso, darles la mano y agradecer su compañía. Sus sonrisas, sus sentencias, sus preguntas y, sobre todo, sus caras llenas de felicidad son el verdadero anticipo de lo que debe ser una vida en plenitud cuyos momentos nos gustaría que se prolongaran para siempre.

Las personas, necesitamos reconocimiento de lo que somos. Este reconocimiento se hace a base de caer en la cuenta de que hay personas adultas a nuestro alrededor que nos conocen mejor que nosotros mismos. Y, a partir de ese conocimiento, cuando estamos comenzando nuestro desarrollo nos exigen todo aquello que somos capaces de desarrollar con un poco de esfuerzo por nuestra parte. En esto entra nuestra capacidad de resolver los pequeños conflictos que se van presentando en los primeros años de cualquier persona, a la vez que descubrimos la capacidad que tenemos de provocarlos.

Debemos afrontar los conflictos, aunque cueste. En el camino del desarrollo personal y estructural de las personas y de los colectivos hay quien va por delante y quien va por detrás. Lo importante es que nadie debe quedar parado. Al igual que Juan Bautista respecto de Jesús, debemos de señalar las referencias que son seguras y apropiadas para cada persona y para el momento de su crecimiento personal.

En la sociedad contemporánea nos gustaría vivir desde la falsa premisa de que todo vale, de que todo es correcto con tal de que no me lastime, de que cada uno pueda hacer lo que se le antoje al amparo de una publicitada tolerancia. Si a eso se le puede llamar un “*valor social*”, ciertamente no es un valor del Reino. En el Reino tenemos un solo precepto, y es el de amarnos los unos a los otros al modo de Jesús, o sea, hasta dar la vida unos por otros.

¿Quién dijo que tomar una decisión es cosa fácil? Jesús sabe que el Reinado de Dios que él anuncia exige decisiones muy valerosas y que trae, para él y para los discípulos del Reino, serias consecuencias. ¡Su mensaje es fuego! Los discípulos de todos los tiempos lo han entendido bien. Solo en la imaginación de los pintores, poetas y otros artistas existe un “*dulce*” Jesús inofensivo. El Jesús de los evangelios exige una decisión.

Ponerse del lado de Jesús, ponerse del lado del Reino de Dios, conlleva la oposición frente a aquellos que quieren vivir desde una lógica diferente, incluso en el seno de la misma familia. No es lo mismo la fidelidad que la infidelidad; no es lo mismo la verdad que la mentira; no es lo mismo la justicia que la injusticia; no es lo mismo la honestidad que la corrupción; no es lo mismo el amor que el egoísmo; no es lo mismo la generosidad que la avaricia, y tantas otras cosas.

Tal vez no somos de los que hacen cosas muy graves, pero dejamos que estas cosas ocurran, pensando que los responsables son otros, que los culpables son otros. ¡No nos engañemos! Navegamos en la mediocridad de posiciones ambiguas y nos ponemos a temblar cuando escuchamos a ese Jesús que viene a traer fuego y que desea que ya esté ardiendo; a traer división entre las familias, entre padres e hijos, entre hermanos...

El amor a mi hermano no me vuelve ciego, indiferente o tolerante cuando decide vivir desde una lógica equivocada. Precisamente porque lo amo, lo confronto. Y esa confrontación a veces genera divisiones. El Reino de Dios no se puede construir sobre una paz fruto de la indiferencia, sino sobre una paz acrisolada por el fuego del Evangelio.